

## RESEÑAS:

**Arcadio Díaz Quiñones. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2006. 528 pp.**

Con *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición* Arcadio Díaz Quiñones nos entrega una obra pensante, marcada por su intensa vocación pedagógica. Se trata de un amplio estudio sobre algunos de los más interesantes intelectuales del Caribe hispánico y propone un modelo de lectura y de periodización de la formación de las ideas en América Latina. También constituye una biografía intelectual en la que se hacen visibles sus lecturas y diálogos teóricos. Después de doce años de docencia en la Universidad de Puerto Rico, Díaz Quiñones ha sido (y es) profesor en Princeton University, espacio que le ha facilitado el privilegio de la amistad y la interlocución con algunos de los más importantes teóricos de la teoría poscolonial, como Homi Bhabha, Gayatri Spivak, Dipesh Chakravarty, entre otros; muy cerca de Princeton, en Columbia University, New York, la amistad y la lectura de la obra de Edward Said se muestra realmente productiva en este texto. Pero las redes de amistad y diálogo intelectual no se limitan al escenario teórico poscolonial, son fundamentalmente redes latinoamericanistas. La división de manuscritos y colecciones especiales de la biblioteca Firestone de Princeton aloja la sección “Arca-

dio Díaz Quiñones Papers” que reúne la correspondencia del intelectual puertorriqueño, intercambiada entre 1945 y 2005, con muchos de los autores y críticos más conocidos del campo latinoamericanista.

Es en este contexto que la investigación de los principios de una historia intelectual expresa todo su sentido. La pregunta cómo se han formado las ideas en el Caribe hispánico tendrá para el trabajo de Díaz Quiñones una respuesta en la noción de tradición, ante la cual la cuestión del comienzo tiene el sentido de una educación y una biografía intelectual. La indagación sobre el Caribe no es una exploración tangencial de la suerte del hispanismo continental; al contrario, este libro demuestra hasta qué punto la ideología del hispanismo ha soldado destinos nacionales que tienen en común accidentadas experiencias coloniales, modernidades inconclusas o alternativas, penosas historias de discriminación y actuales brechas de desigualdad. La historia intelectual hispanoamericana se presenta así como un complejo cuadro de complicidades, activo a través del silenciamiento o el orden de la tradición (que exige obediencia) frente a la cual la escritura de Díaz Quiñones ensaya algunos recorridos que nos muestra la marcada orientación política de nuestra *intelligentsia*, en la primera mitad del siglo XX, una historia que convendría no olvidar. Porque los trayectos del hispanismo expresan una dinámica de doble vía: por un lado, el proyecto de restaura-

ción colonial, en el terreno de la cultura por parte de España; por el otro, el proceso de legitimación y acumulación simbólica, como un llamado a la tradición hispánica, por parte de las elites dirigentes de las jóvenes repúblicas americanas. En esta dinámica entre tradición y autoridad, legitimación y dominación, es que el tema de los principios o comienzos tiene una importancia central como herramienta hermenéutica para analizar las relaciones entre ideología y dominación y es la base del método de lectura y de la historia intelectual que el autor ensaya en este libro.

¿Cómo hacer frente a la autoridad y al carácter legitimador de la tradición? Díaz Quiñones lo pone claro: situando un comienzo. Pero el comienzo en que piensa el autor proviene de la conceptualización que Said hace del término equivalente en inglés, *beginnings*. Este término aparece a lo largo de *Sobre los principios* al lado de sus realizaciones en español como “comienzos” o “principios”, operando a la manera de un cinturón de seguridad, porque en nuestro idioma el término no tiene el carácter autobiográfico que tiene en inglés. Más cuando lo fundamental del texto de Díaz Quiñones es mostrar el carácter personal de la relación de los intelectuales caribeños con la tradición y hasta de su invención, idea circulada por Jorge Luis Borges, y que el autor retoma a través de Ricardo Piglia, a quien cita como epígrafe en la introducción del libro: “siempre se trabaja en la tradición cuando no está” (19). La mejor manera de analizar ese trabajo de la imaginación por la tradición es interrogando los *beginnings* de un escritor. Se trata de una pregunta biográfica, de biografía intelectual. Dice el autor: “La biografía intelectual es una manera de romper con las cronologías políticas cristalizadas y con la sujeción de istmos característicos de la historiografía literaria, que a me-

nudo terminan por deshistorizar su objeto o por limitar estrechamente el campo del individuo” (38). Hacer biografía, en consecuencia, es hacer legibles las elecciones personales a partir de las redes políticas, históricas, ideológicas y culturales sobre las que estas elecciones tienen posibilidad. En resumen, de lo que se trata es de “estudiar el lugar y las condiciones de enunciación de los letrados” (258) como una narrativa que es personal, pero que es también política.

El primer capítulo, “Hispanismo y guerra”, nos sitúa en el campo de la política y, a pesar de su brevedad, es una de las mejores historias del hispanismo que se han escrito en los últimos años. Pero lo que hace Díaz Quiñones es una historia crítica, siguiendo la taxonomía de Nietzsche, que arrasa con las pretensiones monumentales de una historia oficial, planteada como una religión del hispanismo, donde “resuenan ecos de discursos ‘poscoloniales’ de exaltación de la ‘raza latina’” (123), casi una utopía armónica de las relaciones entre la Colonia y la Metrópoli. Al contrario, la historia crítica de Díaz Quiñones se conduce ubicando un inicio, la *Historia de la poesía hispano-americana* de Marcelino Menéndez Pelayo, frente a la cual sitúa un posicionamiento, expresado en su momento por José Martí, “una historia más ambigua y engañosa: ‘La colonia continuó viviendo en la república’” (66). Al lado del proyecto restaurador del crítico español, expresado en el derecho de una dominación espiritual por parte de España sobre América, Díaz Quiñones identifica un movimiento cómplice de una cultura letrada americana que “permitía convertir el pasado imperial en una nueva Ley simbólica. Era un principio que exigía respeto y obediencia, que es uno de los sentidos que tiene la palabra *tradición*” (70). La obra de Meléndez Pelayo nos

sitúa en el comienzo del hispanismo como la posibilidad de un nuevo comienzo imperial para España. ¿Pero qué hace, en concreto, la *Historia* de Menéndez Pelayo? En primer lugar silenciar momentos inconvenientes como la conquista del Caribe y el aniquilamiento de la población indígena, las diversas resistencias que se han desarrollado en muchos casos como procesos de transculturación y algo fundamental: “los saberes de las culturas nativas fueron apropiados y traducidos al castellano, modificando la lengua ‘española’” (71). En segundo lugar, esta historia es una continuación de la guerra, en otro plano, de España contra sus antiguas colonias, pero también contra Estados Unidos: “El objetivo de Menéndez Pelayo era restaurar el lugar central de la ‘madre patria’ no sólo frente a las independencias, sino frente al poder norteamericano” (77). Ese hispanismo, que se negocia y renegocia en lo público, logró una posibilidad de subjetividad moderna, apoyada en la idea de una tradición hispánica para autorrepresentarse; al mismo tiempo trazó cartografías que dejaron de lado al mundo afro caribeño. En los capítulos siguientes, Díaz Quiñones mostrará hasta qué punto la *Historia* de Menéndez Pelayo ha sido influyente en el quehacer de los hispanistas; y hasta qué punto el trabajo de los intelectuales caribeños ha sido un intento de estar incluidos en esa historia excluyente. Las maneras de incluirse en esa historia tienen diferencias importantes, según las condiciones biográficas e históricas de cada uno de los intelectuales que estudia *Sobre los principios*, y, por supuesto, consecuencias que iluminan aspectos también diversos que no puede reducirse a un discurso sobre la coherencia ideológica y/o metodológica. De hecho, hay puntos en verdad delicados como el que revisa Díaz Quiñónes en su segundo

capítulo, “Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): la tradición y el exilio”, donde analiza la exclusión del mundo afroamericano de la construcción canónica que hace Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias de la América hispánica*; y, a la vez, la paradójica discriminación racista que el crítico sufrió en México y también en Argentina. El contrapunto entre el trabajo por forjar una tradición, y la circunstancia vital del intelectual exiliado, que recomienza con cada nuevo exilio, nos entrega una imagen compensatoria: de la precariedad económica y la inestabilidad de una vida marcada por la mezquindad de nuestras comunidades letradas surgió una propuesta que es la exaltación del orden y la cultura basada en el libro. Queda decir, que la lectura de Díaz Quiñónes no es un juicio sumario del trabajo de Henríquez Ureña; es un intento de comprender, iluminada por la lectura atenta de su correspondencia y de las lecturas que Henríquez Ureña hace de Walter Pater, Mathew Arnold y Oscar Wilde que explican sus posiciones, a la par que contradictorias y excluyentes, también fundadoras del actual canon de la literatura hispanoamericana.

Los capítulos tercero y cuarto, revisan la cuestión cubana a partir de la obra de José Martí y Fernando Ortiz. Lo que presenta en este caso Díaz Quiñones es el estudio de los *beginnings* tanto metodológicos como intelectuales de estos autores. En ambos casos los análisis destacan por la cala profunda, muy en la línea del *close reading* de la Nueva Crítica norteamericana. El tercer capítulo, por ejemplo, titulado “José Martí (1853-1895): la guerra desde las nubes”, examina la crónica que Martí escribiera a propósito de la muerte del héroe de la Guerra Civil norteamericana, el general Ulysses S. Grant. En ese texto, el cubano, desde su exilio separatista de Nueva York, retoma el viejo tema de las ar-

mas y las letras, bajo la formulación de una alianza entre el héroe guerrero y el héroe letrado. Díaz Quiñones, observa que en tal texto, por cierto no tan menor como la crítica lo ha considerado, Martí destaca la figura del ayudante letrado de Grant, John Rawlins, inscribiendo un antecedente para su propia genealogía y definiendo el “lugar de enunciación del intelectual nacionalista y moderno” (257). Lo que busca Martí en esas páginas es una justificación para el sacrificio y el dolor de las muertes que conlleva toda guerra. Lo que encuentra es un posicionamiento para el intelectual, en su caso, entre dos imperios, que deberá elevarse sobre la circunstancia histórica situando un futuro que entienda el caos y los episodios inconexos de la guerra en una estructura de sentido: “Desde la altura, el letrado puede comprender los arquetipos de la historia, e insistir en la capacidad redentora del sacrificio” (283).

El capítulo cuarto, dedicado a Fernando Ortiz, destaca la lectura y apropiaciones que el padre de la antropología cubana hiciera de la obra de Allan Kardec. Díaz Quiñones conecta de manera precisa la continuidad entre los intereses en el espiritismo de Ortiz y su producción del concepto de transculturación, una noción que le permitió construir “un metarrelato de la cultura nacional basado en una larga reflexión sobre la hibridación y la mezcla” (294). El interés en el espiritismo de Ortiz está histórica y biográficamente situado como un intento del intelectual cubano por penetrar las prácticas y los saberes afrocubanos. El objetivo, explicitado en su primer libro *Los brujos negros*, era “exterminar esas prácticas, penetrar su jerga secreta para que no quede ningún espacio fuera del control del intelecto blanco” (301). Este intento de “civilización” suponía una inmersión en el mundo negro, interpretado desde las

herramientas del espiritismo científico de Kardec más que de las teorías de la criminología. Al final, Díaz Quiñones nos sugiere que tal inmersión fue del todo fructífera para Ortiz y destaca lo soldado que se haya el concepto de transculturación al de trasmigración. De esta forma, el crítico muestra que el propio desarrollo intelectual de Ortiz está dotado de una lógica transculturante.

En el quinto capítulo, Díaz Quiñones estudia la formación imaginaria de una nación portorriqueña en contrapunto con el discurso nacionalista cubano. Lo importante en este punto es entender la manera en que el discurso de la nación elige un comienzo “para la tradición intelectual que le permita al letrado definir la cultura nacional y reinscribir su pasado” (321). En esa definición de la tradición y en esa reinscripción del pasado se juega la subjetividad misma del intelectual que intenta construirse como un sujeto moral. Siguiendo a Ángel Rama el crítico observa que tal moral supone un lado conservador de toda una forma colonial, definida como la continuidad de una posición de poder; siguiendo a Ashis Nandy, observará que el colonialismo es una experiencia muy íntima, por lo cual “la escritura histórica de los países coloniales puede caer fácilmente en el mismo esencialismo del cual se acusa a los dominadores” (322). El análisis de ese esencialismo es uno de los ejes de su quinto capítulo, “Ramiro Guerra y Sánchez (1880-1970) y Antonio S. Pedreira (1898-1939): el enemigo íntimo”. Ambos autores, señala Díaz Quiñones, coinciden en su fuerte crítica al monopolio de las corporaciones azucareras. En su oposición al nuevo colonialismo norteamericano, ellos imaginaban el núcleo de la identidad tanto portorriqueña como cubana en los orígenes patricios de la nación. La exaltación de los terratenientes tiene en común

con otros discursos nacionales criollos la forma excluyente de una historia que tiene como fuente legitimadora al pasado colonial e imagina a sus métodos (la oposición civilización y barbarie, el menosprecio de lo africano) como una fuente de saber.

El último capítulo, "Tomás Blanco (1896-1975): la reinención de la tradición" abandona el contrapunto para centrarse de lleno en la versión de historia y de futuro que Tomás Blanco imaginó para Puerto Rico, algunos años después de la publicación de sus libros más conocidos *El prontuario histórico de Puerto Rico* (1935) y *El prejuicio racial en Puerto Rico* (1937). Díaz Quiñones se detiene en el análisis de la reinención, lo que él denomina *new beginnings*, que caracteriza a la producción de Blanco en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, un nuevo periodo para la geopolítica mundial y la época de la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos como Estado Libre Asociado. La respuesta de Blanco ante estos hechos será la publicación de *Los cinco sentidos*, un libro de ensayos donde se replantea la posición del intelectual frente al discurso oficial que exaltaba el progreso modernizador y la potencia bélica. A diferencia del discurso celebratorio del progreso, justificación del nuevo colonialismo, Blanco presenta un texto que recupera la idea de tradición hispánica, entendida como el entusiasmo por las costumbres y los signos "auténticos", que definirían lo propiamente puertorriqueño. Desde allí sitúa una posición para el intelectual como un esteta, que es en última instancia salvaguardia de la memoria cultural de la patria natal amenazada por lo foráneo. El método de esta custodia se da bajo la forma del inventario de las prácticas sociales, musicales y la iconografía de la cultura popular. Se trata de una versión política del guardián del fuego.

Finalmente, aparte del evidente aporte metodológico y analítico que *Sobre los principios* concreta para una historia intelectual crítica en América Latina, el libro de Díaz Quiñones es también una posibilidad de diálogo con generaciones más jóvenes, para las cuales el estudio de las ideas en nuestros países no está para nada claro y, a veces, parece inexistente. Díaz Quiñones nos ofrece un nuevo comienzo, pedagógico en el mejor sentido del término, pero también orientador en la comprensión del discurso intelectual latinoamericano, un discurso formado entre imperios. Esa incisiva mirada crítica no tendría el efecto que tiene si su escritura no reuniera la erudición académica con la sutileza de una narración que se refuerza por el uso acertado de metáforas y otras figuras literarias. Por suerte, *Sobre los principios* es una reivindicación del ensayo, definido como el desarrollo de una idea también en clave estilística; si bien hay momentos en que su estilo nos hace sentir ecos de la dicción inglesa creo que ese hecho enriquece su producción, porque es precisamente gracias al diálogo con otras tradiciones intelectuales que Díaz Quiñones nos entrega este texto lleno de aciertos y preguntas para el lector.

Enrique Cortez  
Georgetown University

